RICARDO GONZÁLEZ DEL TORO

EL GRAN SIMPÁTICO

ZARZUELA CÓMICO-EXTRAVAGANTE

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS, EN PROSA, ORIGINAL

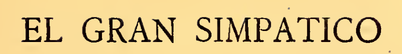
MÚSICA DEL MAESTRO

AMADEO VIVES



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1913



EL GRAN SIMPATICO

EL GRAN SIMPÁTICO

ZARZUELA CÓMICO-EXTRAVAGANTE

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS, EN PROSA

original de

RICARDO GONZÁLEZ DEL TORO

música del maestro

AMADEO VIVES

Estrenada en el TEATRO MARTÍN de Madrid, el día 7 de Noviembre de 1913

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

—

1913

A Blanquita Suárez

Con todo el respeto de su admirador,

Ricardo González del Toro.

Madrid 21-11-13.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
AURELIA	SRTA.	SUÁREZ (Cándida).
CLAUDINA		SUÁREZ (Blanquita).
LA RUFA	SRA.	BLASCO.
LA PEPA	SRTA.	ALSINA.
LA CASTA		L. MALAVER.
BAÑISTA 1.ª		SIGLER.
IDEM 2.ª	SRA.	GALLEGO.
IDEM 3.ª		RODRÍGUEZ.
IDEM 4.ª	SRTA.	POLO.
IDEM 5.ª		FERNÁNDEZ.
UN JOCKEY		L. MALAVER.
JOCKEYS		ALSINA.
	SRA.	BLASCO.
		GALLEGO.
	SRTA.	SIGLER.
		POLO.
	SRA.	RODRÍGUEZ.
	SRTA.	DOMÍNGUEZ.
MINGLANILLA	SR.	ALARIA.
EDUARDO		RODRÍGUEZ (Lino).
DON GERMÁN		BENITO.
GAYANGO		VELÁZQUEZ.
PACHECO		MORILLA.
POSADA		HEREDIA.
REBOLLEDO		AGUDO.
GARCÍA		NADAL.
LÓPEZ		NAVARRO.

Bañistas españolas, francesas, ecuyeres, jockeys, etc.

La acción en un balneario español
Epoca actual

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Una playa. El escenario representa la terraza del balneario, cuya gran puerta de entrada está en el lateral izquierda (entiéndase siempre del actor) primer término: el tercer término se supone la galería que conduce al interior del balneario.

En la lateral derecha y ocupando los dos primeros términos, fachada con gran puerta que conduce al restaurant, y en tercero otra que se supone conduce á la sala de juego del Casino, por cuyo hueco se ve parte del interior. Ocupando este lateral hasta los primeros términos, exterior de una gran serre. Un gran toldo de lona con grandes rayas de color cubre la terraza. Al fondo balaustrada corrida que da á la playa, y en los machos de la terraza dos figuras convenientemente distanciadas que figuran sostener el remate del toldo. Es de día. Mucha luz de sol.

—

(Al levantarse el telón aparecen apoyados en la balaustrada del fondo y mirando á la playa con sendos gemelos REBOLLEDO, PACHECO, POSADA, GARCIA y LOPEZ; las camareras la RUFA, la PEPA y la CASTA, sirven lo que piden á los pollos anteriormente dichos y los bañistas que sentados se hallan en las mesas colocadas en la terraza.

Música

Coro

Preparad los anteojos
que ya salen las bañistas
y al salir ofrecen vistas
que al más casto hacen pecar.

Son sirenas seductoras
que devuelve el oleaje
oprimidas por el traje
y bañadas por el mar.

(Cinco señoritas con trajes de baño, color negro brillante, con gran descote y abiertos desde la cadera la muslo, sujetos por un entrelazado de cintas rojas. Cofias de baño. Salen á compas de la música, con pasitos temerosos y escalofrios, que marca el cantable.)

Bañistas
¡Ay! ¡Ay! Al salir del agua.
¡Ay! ¡Ay! Qué rubor me da.
¡Ay! ¡Ay! Cuantos anteojos.
¡Ay¡ ¡Ay! Acechando están.

Pollos (Asestando sus gemelos á las bañistas.)
¡Ay! ¡Ay! Yo me vuelvo loco.
¡Ay! ¡Ay! No se marche usted.
¡Ay! ¡Ay! Si se ruboriza.
¡Ay! ¡Ay! ¡Miran al revés!

(Vuelven los anteojos.)

Bañistas
Venga usted, bañero,
tráigame la capa
que si no me tapa
no entro en reacción.

Pollos
No se dé usted prisa,
¡oh, señor bañero!
porque es lo primero
la contemplación.

(Salen por el tercer término de la izquierda cinco bañeros con las capas pedidas por las bañistas.)

Bañistas ¡Chitón!
Coro ¡Chitón!
Pollos No se dé usted prisa.
Coro ¡Chitón!
Bañistas ¡Chitón!
Pollos
Porque es lo primero
la contemplación.

Todos ¡Chitón!

(Los bañeros van jugando la capa detras de las bañistas. Llegan los cinco pollos y les cogen las capas; los bañeros al entregarlas hacen mutis por donde salieron.)

Bañistas
Tápame poquito á poco
porque siento escalofríos.

Pollos
¿Cómo quieres que te tape
si ya estoy loco perdío?

(Los pollos colocan las capas sobre los hombros de las

bañistas y sin soltarlas cierran los brazos, llevándolas, por tanto, abrazadas y á compás de la orquesta hasta la batería.)

Bañistas ¡Ay! ¡Ay!
Qué placer tan grande.

Pollos ¡Ay! ¡Ay!
Yo me vuelvo loco.

Bañistas ¡Ay! ¡Ay!
Verme arrebujada.

Pollos ¡Ay! ¡Ay!
Pues tápese un poco.

(Han llegado á la batería las cinco parejas; y ahora parte la primera de la derecha, siguiéndola las demás hasta el foro para salir por la tercera izquierda.)

Bañistas ¡Ay! ¡Ay!
Este calorcito.

Pollos ¡Ay! ¡Ay!
Déjame apoyarme.

Bañistas ¡Ay! ¡Ay!
Qué gustito da.

Pollos ¡Ay! ¡Ay!
Que me caigo ya.

(Van iniciando el mutis, pero al llegar cerca de la caja sale un bañero y cogiendo en los brazos á la bañista hace mutis con ella, dejando al pollo embobado. Cuando desaparece este bañero, sale un segundo que que hace lo propio con la segunda bañista y así van desapareciendo todas ellas.)

Cesa la música

Pach. (A sus amigos Posada, Rebolledo, García, López, que hicieron mutis detrás de las bañistas; entran ahora muy alegres ocupando dos mesas, la del fondo izquierda y la primera derecha.) ¡Chicos! ¡Qué rubia! ¡Pero qué rubia! ¿Has visto qué opulenta!

Reb. ¡Camarera! ¡Doble dorada!

Pepa ¡Va! (Vuelve en seguida con lo pedido.)

Reb. ¡Con mucho hielo!

Pos. Y dónde me dejas á esa morena, soñadora...

Reb. ¿Esbelta? (A Casta.) ¡Un barquillo relleno! (Vase Casta al restaurant, volviendo á poco con lo pedido.)

Rufa ¡Vaya unos frescales!

García A mí unos anteojos.

Rufa Señorito, es la hora del baño y están todos ocupados.

García ¡Entonces un quitasol!

(GAYANGO, camarero sin mandil y con un paño al brazo, llega por la izquierda y dice á la Rufa:)

Gay. ¡Hola! ¿Y Minglanilla? ¿No está por ahí Minglanilla?

(Este personaje hablará con acento gallego no muy marcado.) (1)

López ¡Eh! ¿Quién habla de Minglanilla?

Reb. ¡Sálvese quién pueda! (Levantándese.)

García ¡Era lo único que nos faltaba! (Idem.)

Gay. ¿Pero no está aquí?

Rufa Hace media hora que entró en la sala de recreo.

Casta ¿Pasa algo?

Gay. ¡Casi nada! Que ahí fuera le están esperando su patrona, la lavandera y un bañero para darle una paliza, si no les devuelven seis sábanas, dos manteles y tres toallones rusos, que les han ido prestando durante la temporada de baños.

Pach. ¡Pero ese hombre es incorregible!

Reb. Es que tiene una fuerza de convicción que atolondra.

Pos. Dímelo á mí. Una vez le presté dos duros, y cuando se los reclamé, tuve que darle la razón y cinco pesetas.

Reb Como que tiene hasta su frase. En el momento que se acerca á uno y le dice:—«¡Hoy me debo á mis amigos!»—ya se sabe, no le deja hasta que le saca cinco duros.

López Yo he tomado el partido de desaparecer en cuanto le veo.

Gay. Pues á mí no me engaña más. Ochenta y dos refrescos y setenta almuerzos me debe, y de ahí no paso aunque me maten.

Rufa ¡Pobrecillo! A mí me es muy simpático ese señor.

García Como que no hay medio de disgustarse con él; porque le da la razón á todo el que le habla.

---

(1) Cuídese este personaje. Completamente afeitado, rapado y con *cara de palo*. Muy serio, muy seco en su decir y servilmente cortés, aunque algo brusco de acento.

Reb. Vaya un grano que le ha salido á la Colonia.

Gay. Pues en cuanto salga hoy á la calle nos lo revientan, porque esas furias vienen dispuestas á no dejarse convencer por Minglanilla.

(MINGLANILLA por el restaurant, viene radiante, con su americana blanca de hilo, cerrada hasta la barbilla, pantalón lo mismo, doblado; zapatos de lona y sombrero de paja. (1)

Ming. ¡Caballeros! ¡Soy feliz! ¡Hoy me debo á mis amigos!

Reb. ¡Arrea! ¡Minglanilla!

López Ya nos ha largado el saludito.

Ming. (A Pacheco.) ¡Venga esa mano, barbián!

Pach. (Como si le llamaran desde dentro.) ¡Va! (A Minglanilla.) Dispense, ¿eh? Me llama una amiga. (Se va por el restaurant.)

Ming. (Sonriendo á Posada y García.) ¡Ah!... Va de conquista, ¿eh?

García No sé...

Pos. Ni yo...

García Con permiso... (Vase lateral derecha.)

Pos. Ahora vuelvo. (Siguiendo á García.)

Ming. ¡Caray! ¿Qué deserción es esta?

Reb. (Viendo venir á Minglanilla.) Qué, ¿me prestas esos cinco duros? (A López.)

López Sí; le pediré diez á papá que está ahí dentro. (Se dirigen al restaurant.)

Ming. (Acercándose.) ¡Hombre! Precisamente yo... puedo..

Reb. Ahora vuelvo...

López Ahora vuelvo... (Desaparecen por el restaurant.)

Ming. Bien... bien... cuando iba.. (A Rufa.) Dame un helado...

Gay. (Deteniendo á Rufa que se dirige al restaurant.) ¡Quieta! (Se adelanta á Minglanilla.) Perdone usted.. no nos han traído el hielo.

Ming. Es lo mismo. Una cerveza.

Gay. Precisamente estamos esperando...

Ming. (Haciéndose cargo de la situación.) ¿Oye, no sería á mí al que estaban ustedes esperando?

Rufa (Aparte.) ¡Pobre señor!

---

(1) El actor encargado de este papel debe procurar lucir un traje que se vea está hecho de un mantel.

Gay. (Disculpándose.) Crea usted que...

Ming. (Tranquilo.) No, hijo, no... si no hay que disgustarse... Precisamente... (Sacando majestuosamente del bolsillo interior un billete de diez duros y «paseándolo» risueño ante las narices de los cuatro personajes.)

Gay. ¡Cincuenta pesetas!

Ming. La fortuna es voluble... (Se guarda el billete y dice ya en el dintel de la puerta de salida, lateral izquierda.) ¡Servidor! (Desaparece.)

Rufa (A Gayango.) ¿Está usted viendo?

Pepa ¡Cuando tal vez iba á pagarnos!

Gay. Él volverá. (Sonriendo.)

Ming. (Entra despavorido.) ¡Recocho, las tres... ¿Son las tres?...

Gay. (Burlón.) ¡La una y media!

Ming. Chuflitas, ¿eh? Pues a mí no me pescan esas tres fieras. (Sube al foro.)

Casta (Deteniéndole.) ¿Qué va usted á hacer?

Ming. Esfumarme.

Gay. Tírese usted al agua.

Ming. En seguidita; para que me pesquen fritito.

Pepa Pero ¿á dónde va usted?

Ming. A la sala de juego... Y, ó me limpian ó desbanco en dos posturas.

Rufa ¿Nos pagará usted?

Ming. ¡Ya hablaremos de eso! (Entra por el restaurant.)

Gay. (A las camareras.) ¿Estáis viendo?

Casta Y luego vendrá á pedirnos refrescos.

Pepa Rejalgar, le daba yo.

Gay. Rejalgar, no; pero dos onzas de ricino sí soy capaz de soplarle en lo primero que pida.

Rufa ¡Jesús, qué bárbaro!

Gay. ¿Bárbaro? ¡Ea! Se acabaron las contemplaciones. Desde este momento prohibo á ustedes que le dejen sentarse en la terraza.

Rufa ¿Abonando el gasto que haga..?

Gay. Ni aun así. Se acabó el que ese tío nos espante la parroquia. (Se dirige al restaurant.)

Casta ¿Dónde va usted?

Gay. A advertir á todos los camareros. De mí no se burla ningún frescales. Eso es. (Mutis.)

Rufa Pobre señor Minglanilla.

Pepa Déjalo. Después de todo un compromiso menos.

Casta Y si se molesta que se vaya; así ganamos

todos. (Recogen los servicios y vanse por el restaurant)

(Por la lateral derecha salen CLAUDINA y AURELIA con trajes elegantísimos de playa, del brazo de EDUARDO. Traen ellas las sombrillas abiertas y él un bastoncito y dos puñados de flores.)

Música

Los tres
Bajo este hermoso sol
es grato pasear
cuando el calor refresca
la brisa de la mar.

Clau. / Aur.
No se separe usted,
porque con este sol
pudiera derretirse
cubierto por las dos.

Edu.
Juntos así los tres
no hay baile ni excursión
que escape á la alegría
de nuestro corazón.

Clau. / Aur.
La la la la la.
(Evolucionan y al terminar cierran las sombrillas.)

Aur.
(Adelantándose. Eduardo y Claudina ocupan las sillas que hay junto al velador de la derecha, y con las sombrillas y el bastón fingen bogar.)
Y en una falúa
que vuela ligera
sobre olas rizadas
cruzamos el mar.
Y allí entre canciones
alegre gondolera
respirará mi pecho
la bendita gloria de amar.
¡Ah!

Edu.
El amor sueña un deseo
cuando escucha su cantar

Clau.
(A Eduardo.)
Cuidadito que el mareo
puede hacernos zozobrar.

Aur.
¡Ah! ¡Ah!

Clau. / Edu.
(Levantándose.)
¡Hip! ¡Hap!
(Como si bogaran.)

Aur.
Boga, boga
que la vela no la riza el viento ya.

Clau. } Boga, boga.
Edu. } que la vela no la riza el viento ya.
¡Hip! ¡Hap!

(Descomponen el grupo y ocupando Eduardo el centro quedan á su lado, respectivamente, Aurelia y Claudina.)

Edu. Para aislarnos bien
es mucho mejor
ascender en biplano
fuerte y volador.

(Marcando los tres á derecha é izquierda, unos pasitos de baile.)

Como el amor sólo desea soledad,
hay que cruzar del claro azul la inmensidad
y en un biplano muy ligero hay que subir,
y sin testigos vuestro amor podréis lucir.

Clau. } (Pasos de baile, alzando el pie frente al público.)
Aur. } También hay que cuidar
á más de vuestro amor
de que el timón conserve
buena dirección.

Edu. Y al ver un grupo tal
hendiendo el aire así,
los vientos bramarán cerca de ti...

(Aurelia y Claudina abren las sombrillas y poniéndose los tres en fila y de perfil al público le dan vueltas; Aurelia la sombrilla en alto y Claudina en bajo, fingen por la posición la figura de un biplano. Con pasitos de baile, figuran la marcha.)

Los tres Ven junto á mí,
mi dulce amor,
que ya de luz nos baña el sol,
y así sentir
quisiera yo
de rojos labios el calor.

(Invierten las figuras, siempre con los mismos pasos y al terminar, se seperan; queda Eduardo en el centro y Aurelia y Claudina giran á su alrededor con las sombrillas abiertas como dos monoplanos alrededor de una torre; siempre á compás de la música.)

Los tres (Cogiéndose del brazo.)
Y así al cruzar
el pajarito volador
preguntará de dónde viene ese rumor.

(Cierran las sombrillas á compás.)

Cesa la música

(Durante el número de música, han salido varios bañistas del restaurant y otros de la casa de baños y ocupan las mesaa del fondo.)

Clau. Bueno, y desde este momento, querido amigo, se acabaron los ramos de flores, miraditas, paseos, bailes y acompañamiento.

Edu. (A Aurelia.) ¿Se puede creer eso?

Aur. Sí. Hoy es él último día que pasamos en el balneario.

Clau. Dentro de tres horas, nos marchamos en el express.

Edu. ¿Y nos abandonan en plena temporada?

Clau. A la fuerza

Aur. Anoche llegó papá en el rápido y lo ha dispuesto así

Edu. ¡Eso es imposible!

Clau. ¡Ay, amigo Eduardo! Usted no conoce á papá. Es un hombre terco, obstinado; imposible de convencer y basta que le indiquemos una cosa, para que precisamente haga todo lo contrario.

Edu. Pero, ¿á qué se debe esa resolución?

Aur. Juzgue usted. Anoche, cuando nos quedamos solos, nos abrazó conmovido y enseñándonos un retrato, exclamó: «¿Qué les parece á ustedes mi futuro yerno?

Clau. ¡Calcule usted, yo me quedé helada!

Edu. ¿Pero, se casan ustedes?

Aur. Una nada más.

Clau. Esta.

Aur. ¡No, tú!

Clau. ¡Tú! Recuerda que papá te besó, diciendo: «¡Este es el marido que soñaba!»

Aur. Sí, pero luego añadió dirigiéndose á ti: «Oye, ¿á ti te gustan los rubios?»

Clau. Figúrese usted lo que yo le contesté.

Edu. Cualquiera sabe á cuál de las dos se dirigía.

Clau. ¡A esta! Es la mayor.

Aur. O á ti. Papá ha dicho muchas veces que quiere casarte en seguida para que eches más formalidad.

Edu. Efectivamente. Claudina, usted debe casarse.

Clau. ¿Con el rubio? (Con malicia.)

Edu. O con otro...

Aur. (A Eduardo.) ¿Eso cree usted?

Clau. Y yo. (¡Ese otro, es él, indudablemente!) (se sienta en el velador de la derecha.)

Edu. ¿Y á usted, no le interesa ese pretendiente... indeterminado?..

Aur. Me gustaría más quedarme aquí... (Se sientan. Aurelia y Claudina en la mesita de primer término izquierda.)

Edu. ¿De veras?

Clau. ¡Son tan simpáticos los bañistas!...

Edu. Muchas gracias...

Clau. Y no lo digo por usted... que es lo más impertinente...

Aur. ¡Claudina!...

Edu. ¡Déjela... es encantandora!...

Clau. Impertinente, si. No nos bastan los gemelos de los mirones en la playa, sino que también, el señor, se ha procurado unos prismáticos, para mirarnos desde los balcones de su hotel.

Aur. ¡Ah! ¿También te has fijado?

Edu. Perdonen ustedes..

Clau. No, si no nos molesta. (A su hermana.) ¿Verdad? Nos hace mucha gracia...

Aur. Como que en cuanto llegamos á casa no hace más que preguntarme: «¿Está ya en el balcón nuestro compañero de excursiones?»

Clau. No la crea usted. Ella es la que me avisa, porque no se quita del balcón en toda la tarde.

Edu. ¡Mañana rompo los prismáticos!

Aur. Ya, porque nos vamos, ¿verdad?

Edu. ¿Por qué no convencen á su papá?

Aur. Inténtelo usted. Ahí está, en la sala de juego, haciendo tiempo hasta la hora del rápido.

Edu. Ahora mismo voy... (Medio mutis al segundo izquierda.)

Clau. ¡No haga usted tonterías!... Bonito se pondría si supiera que un joven ha estado cortejando á... á...

Aur. ¿A quién?

Clau. ¡A los dos! Y que desgraciadamente resultara la propietaria del retrato.

Aur. Es verdad. (Pausa, durante la que Eduardo se sienta á la mesa con Aurelia y Claudina.)

Clau. (A la RUFA que ha salido del Restaurant y se acerca á la mesa.) Traiga unos refrescos.

Edu. (A Aurelia.) ¿Me permite usted... (Alargando una mano al ramo de flores que como Claudina, habrá dejado sobre el velador.)

Las dos (Rapidísimo.) ¿Qué?

Edu. (A una mirada de Aurelia alarga la otra mano al ramo de Claudina.) Nada. ¡Quiero tener este recuerdo... de las dos!... (Arrancando una flor de cada ramo.)

(REBOLLEDO seguido de LÓPEZ y GARCÍA, salen muy alegres de la sala de juego, van á sentarse á la mesa del primer término de la derecha; á una palmada de Rebolledo sale la CASTA para recibir el encargo. Detrás la RUFA con los tres refrescos.)

Reb. ¡Rico! ¡Soy rico! ¡Yo lo pago todo!

García Gracias á Minglanilla; ¡pobre hombre!

López ¡Se ha quedado sin un céntimo!

Reb. Y me ha hecho ganar á mí, y á aquel señor extranjero de tan mal humor que estaba á su lado.

García (A Casta.) ¡Un cocktail!

López ¡Vermouth! (Vase Casta para volver con lo pedido.)

Reb. Y yo. ¡Pero conste que lo pago todo!

López ¡Viva el rumbo!

(Don GERMÁN sale de la sala de juego seguido de MINGLANILLA; es un señor brusco y de aspecto extranjero.)

D. Ger. ¡No se apure usted, hombre! ¡Conste que me ha hecho usted feliz, durante media hora, llevándome siempre la contraria!

Ming. (¡Dios mío, me he jugado las narices!)

Clau. (Levantándose.) ¡Ah, papá!

Edu. (A Aurelia que también se ha levantado.) ¿Es ese señor?

Aur. Sí.

Edu. (¿De qué conocerá á Minglanilla?)

D. Ger. (A sus hijas.) ¡Ah! ¿Estaban ustedes esperando?

Aur. Acabamos de llegar ¿verdad?

Clau. Ahora mismo.. (Mirando á Eduardo.)

Edu. (Como contestando á la mirada de Claudina.) ¡No me atrevo!

Clau. (¡Cobarde!)

D. Ger. (Dirigiéndose á la salida.) Vamos á tomar los departamentos del Sliping.

Aur. Pero... decididamente, ¿nos vamos?

D. Ger. (Brusco.) ¿Cómo decididamente? ¡Dentro de tres horas! ¡No hay más que hablar! Andando A la central y luego á la fonda por los equipajes.

Ming. ¿Por qué no se queda usted esta noche?

D. Ger. ¡Porque no quiero!

Edu. (¡Caray! ¡Qué bruto!)

Ming. (Amable como siempre.) ¡Hace usted muy bien, yo en su caso haría lo propio!

D. Ger. (Desarrugando el ceño.) ¡Nada! Que es imposible disgustarse con este hombre! ¡Cónstele á usted que me ha sido muy simpático!

Ming. Muchas gracias.

D. Ger. Niñas.. andando. Si va usted por Burdeos, no deje usted de visitarme.

Ming. ¿A Burdeos yo? No es fácil. En invierno ni siquiera llego á Valdepeñas.

Las dos (A Eduardo.) ¡Adiós! (Se dirigen á la primera izquierda.)

Edu. (Con efusión.) ¡Adiós!

Clau. (Vuelve la cabeza y dice conmovida á Eduardo.) ¡Adiós! (Vase.)

(Eduardo sin contestar y maquinalmente las sigue hasta el dintel de la puerta de salida, donde queda viéndolas marchar. Luego se sienta junto al velador en la silla que ocupó Aurelia y mira las flores del bouquet. A su tiempo se acerca la Rufa. Rebolledo, García y Pérez, pagan á la camarera que les sirvió y vanse por la sala de juego.)

Ming. (Viéndolos ir.) ¡Adiós! ¡Adiós mi última esperanza! ¿Y qué hago yo sin un céntimo?... ¿Cómo me voy?... ¿Cómo salgo de aquí con una pupilera, un bañero y una lavandera en puerta! ¡Ea! Pecho al agua... ¡No... no voy á bañarme! ¡Mi truco á fracasado! Ahora mismo me arrojo de cabeza por esa balaustrada y... ¡cataplúm!

Aquí da fin un estío
de horrores y pesadumbres,
arrojándome al vacío
por no perder la costumbre.

(Se dirige resueltamente á la balaustrada, á tiempo que del Restaurant sale la RUFA, con una bandeja en la que lleva un bock grande de cerveza, anchoas y una

ración de patatas fritas á la inglesa, Minglanilla se detiene como hipnotizado ante este espectáculo.)

Rufa (Llorosa) ¿Se le ofrece á usted algo, señor Minglanilla?

Ming. Aparta de mis narices ese cáliz de amargura... ¿Qué es eso?...

Rufa Cerveza y patatas fritas.

Ming. (Pasándose la mano por los ojos.) ¡Cerveza!... ¡Patatas!... ¿Y esto?

Rufa Anchoas.. (Siempre compungida.)

Ming. (Trágico.) ¿Anchoas?... ¡Mi sueño!...

Rufa ¡Las traigo para usted!

Ming. ¿Para mí? ¡Alma generosa! Ponlo aquí... lo tomaré al lado del amigo Eduardo. (Así no me echan á la calle.)

Rufa (A Eduardo.) Si usted lo permite...

Edu. (Que estaba distraído.) ¿Eh?... ¡Ah! Sí. ¡Siéntese usted, amigo mío!

Ming. Esta chica, que se ha empeñado en convidarme... (Coge el bock y va á beber.)

Rufa (En voz baja y deteniéndole.) ¡No la beba usted!

Ming. ¿Eh? ¿Pero qué melodrama es este?

Edu. Es verdad. ¿Qué le pasa á esta muchacha?

Rufa No beba usted esa cerveza, porque el encargado del bar... el señor Gayango...

Ming. Sí, ya le conozco...

Rufa Ha echado en el bock dos onzas de ricino, para que no parezca usted más por aquí.

Ming. (Soltando el bock.) ¡¡Caracoles!!

Edu. ¡Pero eso es una infamia!

Rufa ¡No me comprometan ustedes, por Dios! (Se va al restaurant.)

Ming. (A Eduardo.) ¿Ha visto usted, hombre, ha visto usted? ¡Y yo con una sed que me ahoga!

Edu. ¡Pues cualquiera prueba la cerveza!

Ming. ¡Este es el suplicio de Tántalo!

Edu. ¿Pero por qué le tiene á usted esa rabia?

Ming. Porque dice que le espanto la clientela.

Edu. La verdad es, que salir de veraneo sin dos pesetas...

Ming. ¿Y qué hago en Madrid durante el estío? ¿Contra quién empleo mi método, que hasta ahora no me había fallado?

Edu. ¡Ah! ¿Pero usted tiene un método para eso?

Ming. Sencillísimo é infalible.

Edu. ¡Es gracioso!

Ming. A ratos. Consiste únicamente en ponerme á tono con mi interlocutor, seguirle la corriente; en una palabra... darle la razón en todo lo que se discuta.

Edu. ¿Y cómo se las ha arreglado usted para hacer el viaje?

Ming. ¡Ah! Eso es lo de menos. En el exprés; he venido de primera.

Edu. ¿Viaja usted en primera?

Ming. He dicho de primera. He venido en el tocador de señoras. Cada vez que llamaban, gritaba desde dentro: (Con voz afeminada.) «Ocupado», y he hecho el viaje como una marquesita.

Edu. Pero, ¿y aquí?

Ming. Aquí he hecho la mar de jeroglíficos... porque me han conocido en seguida.

Edu. Por eso debe usted marcharse cuanto antes.

Ming. ¿Y cómo salgo si tengo tres mastines á la puerta?

Edu. ¿Tres mastines?

Ming. Figúrese usted... Yo le pedí seis sábanas á mi patrona, para el baño. Las sábanas se las cambié á mi bañero por tres toallones rusos, y como los rusos no son precisos en el verano, se los cedí á una lavandera por dos manteles adamascados.

Edu. ¿Y qué ha hecho usted de los manteles?

Ming. Este traje. (Por el que lleva puesto.)

Edu. ¿Cómo?

Ming. Sí. Convencí á un sastre que ésta era la última moda en Nueva York, y me los hizo por la reclame. Sin embargo, por salir de aquí, crea usted, que daría hasta el modelo.

Edu. ¡Por salir de aquí!... (¡Ah, sí!...) ¡Yo le saco¡

Ming. ¿Tanto le ha gustado el trajecito?

Edu. No es eso. ¿Usted es amigo de ese caballero con el que ha salido de la sala de juego?

Ming. ¡Calcule usted; se ha llevado toda mi fortuna!

Edu. He observado que le ha sido usted muy simpático.

Ming. Eso no me falla nunca.

Edu. ¿Se atreve usted á presentarse conmigo, puesto que le ha ofrecido su casa, y decirle...

que soy... cualquier cosa... su amigo de la infancia... su ahijado...?

Ming. Le advierto á usted que ese señor me parece un poco brusco.

Edu. Usted trate solamente de cultivar esa simpatía, que yo me encargo de lo demás.

Ming. ¡Hecho! ¡Esos caracteres, tienen un lado vulnerable, que yo domino á la perfección!

Edu. Pues ahora mismo vamos á la fonda, recogemos el equipaje y salimos en el mismo tren.

Ming. ¡Andando! ¡Ah! ¿Y las tres fieras que me aguardan?

(Sale del restaurant la PEPA y cobra de Eduardo.)

Edu. Yo les pagaré las sábanas.

Ming. ¡Entonces soy todo suyo! ¡Por fin! ¡Me he salvado! ¡Voy á perder de vista á esta gentuza! ¡Camarera! ¡No saben lo que se les marcha!

Pepa (Acercándose.) ¿Qué se ofrece?

Ming. ¡Dile al encargado que tengo dinero y no me da la gana de pagarle!

(Vase la Pepa al restaurant.)

Edu. ¿Pero se ha vuelto usted loco?

Ming. ¡De alegría!... Al tren inmediatamente, ahijado mío; sobrino mio, ¿le parece á usted mejor sobrino?

Edu. ¡No está mal!

Ming. ¡Pues sobrino! ¡Viva la familia! Dame un duro.

Edu. ¿Ya?

Ming. Para que te convenzas de que soy un tío.

Edu. No, si estoy convencido...

Ming. ¡Entonces, al tren! ¡A viajar, á vivir! ¡A almorzar! ¡Ya tengo dinero! ¡Viva la libertad! ¡A la calle!

(DON GERMAN, aparece incomodadísimo en la puerta de la izquierda seguido de AURELIA y CLAUDINA.)

D. Ger. ¡Esto no sucede más que en España!

Edu. ¡Ellos aquí! ¡Espérese usted!

Ming. ¿Qué pasa?

(Sale la PEPA á recoger el servicio de la mesa de la derecha.)

Edu. Que ya no nós vamos.

Ming. ¿No? ¡Camarera! Dile al encargado, que no hay nada de lo dicho.

Clau. ¡Tranquilízate, papá; eso no tiene importancia!

Aur. Nos marchamos mañana.

D. Ger. ¿Mañana? Esta misma tarde, ¡porra! aunque sea andando.

Edu. (Empujando á Minglanilla.) ¡Ande usted!

Ming. (¿Y si me muerde?)

D. Ger. ¡Un día perdido! ¡Vamos! Estoy que se me llevan los demonios. ¡Nada! ¡Nos iremos en el mercancías!

Ming. ¿Qué es eso? ¿Qué le pasa á usted, querido amigo?

D. Ger. (Se vuelve brusco.) ¿A usted qué le import...? (Deteniéndose al ver á Minglanilla, que asustado da un salto á la derecha.) ¡Ah! ¡Usted!... ¡Perdóneme! ¡Estoy desesperado!

Ming. ¿Ha perdido el tren?

D. Ger. No es eso. Figúrese usted que no quedan billetes para el sliping y tenemos que esperar hasta mañana á la tarde.

Clau. Yo le he dicho á papá, que no lo pasaremos aquí muy aburridos.

Aur. Y que esta noche hay una gran fiesta en el casino, en la que yo tomaba parte..

D. Ger. Pues lo pasaremos encerrados en la fonda. ¡Porra!

Ming. (Poniéndose á su tono.) Y hace usted muy bien, ¡zambomba!

D. Ger. (Suspendido.) ¿Eh?

Ming. Después de todo, ¿qué es lo que va usted á ver allí? Quince ó veinte pollos almibarados y un montón de señoritas cursis luciendo trajes caprichosos.

Clau. (A su padre.) ¡Si vieras qué cosas más pintorescas!

Ming. ¡Bah! ¡Cursilerías! Yo estoy deseando perder todo esto de vista. ¡Me aburre esta gente!

D. Ger. ¡Hombre! Gracias á Dios que encuentro un carácter como el mío. (Se acerca al lado de Minglanilla. Eduardo al lado de Claudina.)

Ming. Crea usted que si estuviese ya compuesto mi automóvil, haría días que nos hubiésemos marchado de aquí, mi ahijado y yo. (Por Eduardo.)

Clau. ¿Su ahijado? (A Eduardo.)

Aur. ¿Su automóvil? (A Eduardo.)

Edu. ¡Silencio! ¡Este señor nos salva! (Bajo á ellas.)

D. Ger. Nada, nada; nos vamos esta misma tarde.

Ming. ¡Hace usted bien! Así no verá mañana por la mañana ese espectáculo soez de la hora del baño.

D. Ger. Aburrido, ¿verdad?

Ming. ¡Uf! Cuarenta ó cincuenta muchachas, á cual más guapas, eso sí, bañándose con unos trajes tan ceñidos, que parece que van á estallar cuando se inclinan.

D. Ger. (Llevándoselo aparte.) Oiga usted... y... ¿estallan? ¿Estallan?

Ming. Se dan casos.

D. Ger. (De pronto á sus hijas.) ¡Vamos en seguida!

Edu. Yo creo, que aunque no fuese más que por las carreras, debían quedarse hasta mañana.

Aur. (A su padre.) ¿Carreras? ¡Tu afición favorita!...

Clau. Y que correrán las chicas de la colonia...

Ming. ¡Ay, ay, que me lo convencen! Amigo mío, si de algo le sirve mi consejo, váyase aunque sea andando.

Aur. Perdone usté, papá hará lo que tenga por conveniente.

Clau. ¡Y en la vida ha necesitado consejos de nadie!

Edu. (¡Vaya una manera de ayudarme!)

D. Ger. (A las chicas.) ¡Y tienen ustedes razón, eso es! ¡Nunca he necesitado consejos de nadie, para nada! (Van subiendo de tono los dos.)

Ming. ¡Ni yo tampoco! ¡Vaya! ¡Qué se figura usted!

Edu. ¡Pero Minglanilla!

Ming. ¡A callar! El señor hará lo que tenga por conveniente y si se marcha, mejor! ¡Ese, ese es el verdadero camino!

D. Ger. ¡Pues no me da la gana de seguirlo!. . ¡Eso es!...

Ming. ¡Pues es una torpeza!

D. Ger. ¿Torpe? .. (A Eduardo.) ¿Dice usted que es esta noche ese festejo?

Edu. Sí, señor, y mañana las carreras.

Ming. ¿Pero va usted á asistir?

D. Ger. ¡Sí, señor! ¡¡Y mis hijas!! ¡Y tomarán parte, si me empeño!

Ming. ¡Desafío á usted á que lo haga!

D. Ger. (Rojo de ira.) ¿Que me desafía?...

Clau. ¡Por Dios, papá! (Intercede.)
Aur. ¡No le hagas caso! (Idem.)
Edu. (A Minglanilla.) (¿Pero qué hace usted?)
Ming. ¡Enzarzarlo! ¿Ve usted? Este acaba cantando couplets si me da la gana.
D. Ger. ¿Quién? ¿yo couplets?
Ming. ¡Recontra; me ha oído!
Aur. Es verdad. Si escuchara usted el que aprendimos la semana pasada...
Clau. ¿El del napolitano y la andaluza?
Ming. No se molesten. A su papá no le gustan esas cosas.
D. Ger. ¿Que no? ¡A ver el canto!
Edu. Oigalo usted, que merece la pena.

Música

Aur.
Una vez, un napolitano
en un yate á Cádiz llegó,
y encontró á una gaditana
y á su vez en su lengua habló:
Il mío cor tengo spaventato,
lasciami tuo corpo salato
per tu amor yo me arrojo al mar.
Cielo, veni qua,
dolce veni la.

—

Clau. Y ella después le contestó con mucho aquél:
Todo aquél que saber quiera
lo que es requesón con sal,
que se pase por mi vera
acabá de levantar.
Sepa usté, don Extranjero,
que si quié hacerme tilín,
tié que aprender este canto
si quié usté gustarme á mí.

(Indicando con gracioso braceo lo que dice el cantable, á la vez que baila á compás.)

Tinguirini malacati.
Tengo que tengoro
la cara blanquitira,
el pelo negrororo,
la boca rojarara
y el cuerpililis
malacati. (Bailan las dos.)

(Durante el número de música, Minglanilla va á beber del bock que le trajeron, pero al tenerlo en la mano recuerda lo que le dijo la Rufa y lo suelta sobre la mesa haciendo ascos y contorsiones.)

II

Aur. En su góndola veneciana
de la luna á la clara luz,
paseaba la gaditana
que dejó su suelo andaluz,
y una voz, una voz secreta
le decía: Sposiamo or su.
Vieni qua, cativa civetta,
con il tuo cucu,
con il tuo cucu.

—

Clau. Luego otra voz
sin vacilar
le contestó:
Deje usté esa algarabía,
señor don Napolitano,
que esa lengua todavía
yo no la comprendo, hermano.
Venga usted al lado mío,
yo le enseñaré á querer,
con lo que en mi tierra dice
un marío á su mujer.

—

Las dos Tinguirini malacati,
etc., etc.

(Y cantan y bailan todos el estribillo de este número. Minglanilla se burla de don Germán al ver que también se pone á bailar como todos.)

Cesa la música

D. Ger. Efectivamente, es muy gracioso.

Ming. Opino como usted... aunque no sea más que por esta vez.

D. Ger. Es usted tan extraordinariamente simpático, que se le puede perdonar la testarudez.

Ming. Muchas gracias. Y para que vea que no soy

rencoroso... le convido á comer con nosotros.

Clau. Acepta, papá.

Aur. No quedes mal con estos señores.

Edu. Reitero el ofrecimiento de mi padrino.

Ming. Que, ¿le conquistan á usted?

D. Ger. Me conquistan, sí, señor, ¿qué hay?

Aur. ¡Y comeremos juntos aunque usted se oponga!

Clau. ¡Mi papá es muy enérgico, caballero!

D. Ger. ¡Con la condición de que yo pago el champagne!

Edu. ¡Eso! Comeremos aquí mismo.

Ming. ¿Aquí? ¡Nunca! ¡En el Casino! ¡Pero que conste que yo lo pago todo! ¡Todo! (¡A mí no me achica nadie!)

Gay. (Que habrá salido poco antes y se ha ido acercando poco á poco; tras él y también por el restaurant salén PACHECO y POSADA que ocupan la mesa del primer término derecha desde donde observan la escena.) ¡Hombre! Tenía deseos de verle á usted... para hablar de un asunto.

Ming. (¡Arrea! ¡Me he acertado un pleno!)

D. Ger. ¿Eh? ¿Quién es este señor?

Gay. Acaba de decirme la camarera...

Ming. (Atajándole, siempre que Gayango intenta hablar.) (¡Valor!) Pero, ¿á qué va usted á gastar saliva? (Con desfachatez.) Ya sé lo que habrá dicho esa desgraciada, y tiene mucha razón, amigo mío, muchísima razón... Pero si usted es dueño de hacer en su casa lo que le dé la gana, yo también puedo hacer de mi capa un sayo, cuando guste. Lo demás es una canallada... entiéndalo usted bien, una ca-na-lla-da! (Recalcando mucho las frases silabeadas.)

Gay. Celebro que sea usted de mi opinión.

Ming. ¿Pero, acaso, creía usted que iba á llevarle la contraria? ¡No, señor! Cuando las cosas caen por su peso, son como los nublados, que al que pescan sin paraguas lo ponen chorreando cuando descargan. ¡Eso es; cho-rre-an-do! (A las voces de Minglanilla, salen del restaurant LA PEPA y LA CASTA que observan en silencio lo que ocurre.)

D. Ger. ¡Me encanta el carácter de este hombre!

Gay. Por eso vengo ahora dispuesto.. á que...

Ming. ¡No diga usted tonterías, amigo mío!... ¡Usted no viene dispuesto á nada! ¡Sea usted enérgico, tome una determinación radical, pero sin paliativos, sin nebulosidades; y y cuando la haya tomado, venga usted en mi busca y zanjaremos la cuestión como es debido. (A los otros.) ¡Vamos, señores! Entre tanto, siento mucho decirle que á usted se le va toda la fuerza por la boca; no le quepa duda. *¡Por la boca!* (Coge del brazo á don Germán.) ¡Buenas tardes!

D. Ger. (Entusiasmado) ¡Es usted un carácter!

Ming. ¡Ya lo sé! (A Eduardo.) (¡Salga usted á aplacar á los de la calle!)

Edu. (¡Vaya un tío con vistas á Rascafría!) (Vase lateral izquierda.)

Clau. (Saliendo del brazo de su hermana.) ¡Qué genio tiene!

Aur. (Bajo.) ¡A mí me da miedo este hombre!

Ming. (Del brazo de don Germán volviéndose á Gayango.) ¡Lo dicho! *¡Por-la-bo-ca!* (Vanse izquierda.)

Pach. ¡Vaya un fresco!

Pos. ¡Le ha petrificado!

Gay. ¡Me he quedado sin habla! (Coge maquinalmente el bock de cerveza que trajeron para Minglanilla.)

Pach. ¿Y qué vas á hacer?

(Sale del restaurant la RUFA.)

Gay. Demostrar á ese tío, que á mí no se me va toda la fuerza por la boca! (Se bebe el bok de cerveza.)

Rufa (Queriendo impedir á Gayango que se beba la cerveza.) ¡¡No, por Dios!!... ¡Pobrecillo, se la tragó! (Cuadro. Telón rápido.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Lujosa rotonda en el interior del Casino del Balneario. Al fondo, en el centro, una «serre» semicircular, que á su tiempo se descorre y abre, para dar paso á las parejas del vals. Divanes pintados en el foro, á ambos lados de la «serre». En los segundos términos, dos grandes estatuas sobre sus pedestales, que figuran con una mano sostener el techo y con la otra, caprichosos aparatos de luz eléctrica. Más divanes, pintados también, en los laterales. Unicamente es corpóreo el que está de frente al público, en la lateral izquierda, ante el cual hay una pequeña mesita de té y otra en el lateral derecha. Gran aparato de luz eléctrica en el centro de la escena. Alfombrado el piso. Procúrese dar á la decoración una tonalidad de buen gusto y elegancta, propia de tales centros de recreo.

—

(Al levantarse el telón, aparecen señoritas elegantes y caprichosamente vestidas ocupando toda la escena. Los caballeros las rodean. Los criados de (frac y calzón corto) sirven. En el sitio más visible y conveniente, AURELIA, (traje de sociedad). Para la colocación y demás detalles de este número, véase la partitura.)

Música

Coro (Con las copas en alto.)
¡Alegría!
Celebremos hasta el día
esta fiesta encantadora
con champagne que es alegría.
Y gocemos,
que gozar es juventud
y en las copas que bebemos
guarda el goce su virtud.

Aur. (Levantándose con una copa en la mano.)
¡Alegría! Goce del vivir.
Con mi canto es la que traigo aquí
blanda sensación de felicidad;
que hace al pecho palpitar
la alegría de un cantar.

—

(Canción.)
Cante el alma, goce y vibre
como el ave al verse libre
salta y va de rama en rama.

Brille alegre, deslumbrante,
como el mar brilla radiante
al sentir del sol la llama.
Y salte bullicioso
mi canto de alegria,
y suene rumoroso
como el arrullo armonioso
con que saluda al día
la alondra al despertar.
¡Ah!
Quiero soñar
con el amor
al modular
una canción.
¡Dulce emoción!
¡loca pasión!
¡ah!
Encierra dentro mi canción
¡loca pasión!
¡dulce emoción!

Coro

Es amor su cantar,
su alegría es amor,
y al reir y gozar
es un dulce rumor.

—

Aur.

En sus labios, la locura
con sus besos de ternura
me coloca una corona.
Y al secarse, poco á poco
mi deseo salta loco
porque ve que lo abandona.
¡Ah!
No se acerque quien traiga pesares,
que yo quiero sentir mis cantares
de dicha y amor.

—

Porque en esta tierra, la canción,
nace de un suspiro de pasión;
y la siente un beso al florecer
y la canta una mujer.

Cesa la música

Edu. (Apareciendo por la lateral derecha.) Amigos míos, los zinganos esperan para el vals.

Varias ¡Al baile! ¡Al baile!

Uno ¡A ganar el concurso! (Van desapareciendo por distintos lados.)

Edu. ¡Aurelia! (Deteniéndola al hacer el mutis.)

Aur. ¡Gracias á Dios! ¡Creí que me habían olvidado! ¿Y papá?

Edu. Con el señor Minglanilla y Claudina, inscribiéndose para las carreras de mañana. ¡Ese hombre es una joya!

Aur. ¿Se refiere usted á *su padrino*?

Edu. ¡No se burle usted! Gracias á él he logrado ser admitido por su papá cerca de ustedes.

Aur. ¿Pero á qué ese empeño en que nos quedemos?

Edu. ¿Acaso le desagrada á usted?

Aur. Eso, no. ¡Sobre todo mi hermana se ha alegrado mucho!

Edu. ¿Y usted?

Aur. Hace usted preguntas muy difíciles, amigo Eduardo...

Edu. Confiese que opina usted como yo.

Aur. Eso es mucho decir...

Edu. Y sobre todo que no le gustan los rubios.

Aur. Ya vamos estando de acuerdo.

Edu. Y lo estaremos del todo, si nos acercamos á su papá como dos enamorados, es un decir, y dándonos valor con la evidencia de nuestro afecto, le decimos: ¡Señor mío, ese caballero rubio es una persona digna, dignísima; pero el sol de España entrándosenos por el corazón ha fundido en uno dos pensamientos, y sería una crueldad enorme separarlos.

Aur. ¡Uy, cuánta poesía! ¡Papá se va á reir de nosotros, y mi hermana más!

Edu. ¿Acaso conoce usted otra manera de decirlo?...

Aur. Vamos á preguntárselo á Claudina... ella es más traviesa y puede que la encuentre.

Edu. Yo desearía que esto lo hiciéramos sin consultar á nadie...

Aur. ¿A nadie absolutamente?...

Edu. Sí... ¿Quiere usted que pensemos los dos juntos?

Aur. (Después de mirar fijamente á Eduardo.) Vamos al

salón; estas cosas se ocurren mejor entre mucha gente, que estando solos.

Edu. Estar á solas con un amigo no es peligroso.

Aur. Con un amigo... no. Pero como usted tiene empeño en dejar de serlo...

Edu. ¡Benditos sean los labios que saben decir esas cosas!

Aur. Vamos, vamos, que nos está haciendo falta compañía... mucha compañía. (Eduardo, al ir ella á levantarse para hacer mutis la detiene, quedando breves instantes mirándose amorosos.)

Música

Edu.
¿Por qué, niña hechicera,
huir cuando el amor
nos une en el encanto
de un vals embriagador?
¿Por qué sus ojos claros
esconden su mirar,
si allí se asoma el alma
al dulce son del vals?

Aur.
Ese vals que sonó rumoroso
ha iniciado en mi alma el amor,
y embriagada en su ritmo sentía
que iba envuelta en su giro traidor.
Déjeme, que aquí sienta el encanto
que ese vals consiguió despertar,
con sus notas que besos semejan
de unos labios ardientes chocar.

Edu. Déjese adorar.
Aur. ¡Oh! Qué dulce son.
Edu. Yo la quiero amar.
Aur. Calla, corazón.

(Hacen mutis por último término, bailando el vals que indica la orquesta.)

Cesa la música

Ming. (Sale preocupadísimo por la derecha primer término.) ¡Estoy que no me llega la pechera al cuerpo! Y digo pechera, porque la camisa voy á tener que utilizarla para vendas. En cuanto don Germán se entere de que el protector de Eduardo es el sinvergüenza mayor de la colonia... ¡Harina de linaza! Porque

ese tío no se anda por las ramas, va derecho al tronco; y en este caso, el tronco soy yo; y como ese tío es un alcornoque, se va á armar una ensalada de palos, que me sonrío del bosque del Retiro... éste va á ser más espeso.

D. Ger. (Con Claudina por la segunda de la izquierda.) ¿Pero dónde se mete usted, hombre de Dios?

Clau. Le advierto que papá se ha empeñado en que sea usted mi caballero para las carreras de mañana.

Ming. ¿Yo? ¡Pero si nunca he montado más que en el Tío Vivo!

D. Ger. ¿Y qué?

Ming. Que á la segunda vuelta, ¡zás! al organillo.

Clau. No importa. Si no se atreve á correr se retrasa y en paz. El caso es llevar caballero.

Ming. Y ¿por qué no han pensado en Eduardito?

Clau. En Eduardito... porque...

D. Ger. ¡Ya, ya!... ¡Bueno está su ahijado!

Ming. ¿Qué? ¿Ha cometido alguna torpeza?

Clau. No... Yo misma le he indicado que venga á buscar á mi hermana, porque... porque ustedes tienen que hablar de él y... de mí...

Ming. ¿Nosotros?

Clau. Papá... y usted...

D. Ger. (Seco.) ¡Yo no tengo nada que hablar!

Ming. (Imitándole.) ¡Ni yo tampoco!

Clau. ¡Calma! ¡Calma! ¡Jesús qué par de cohetes! Esta noche, después de la cena, aprovechando un momento que nos dejaron solos, me ha dicho Eduardo: Claudina, usted es una niña muy simpática... adorable... He notado el cariño que su papá le profesa... ¿Qué tiene usted para inspirar esa simpatía á todo el mundo?

Ming. ¿Eso ha dicho mi ahijado?

Clau. ¡Sí, señor!

Ming. (A Germán.) ¡Ha visto usted, hombre, ha visto usted!

D. Ger. No, no lo he visto; pero me lo está contando Claudina.

Clau. Y luego, apretándome la mano conmovidísimo ha proseguido: ¡Convenza usted á su papá de que tiene una hija que puede hacerme muy feliz!

Ming. ¡Sí que es romántico el tal Eduardito!

Clau. Y yo... ¡claro!... como mi papá es así... tan... ¿No te incomodas? tan... fuguilla, pues no me he atrevido á convencerlo; pero usted que por lo visto es la única persona que le ha sido simpático en este balneario...

D. Ger. Oye... oye...

Clau. Sí, señor. El único con quien simpatizas; pues me va usted á hacer el favor de decirle que su hija Claudina opina como su ahijado Eduardo... Que usted comprende que Eduardo necesita casarse y que yo no tengo inconveniente en aceptar ese matrimonio, puesto que se trata de su felicidad.

D. Ger. (Incomodado.) ¿Pero todo eso por qué no me lo dices á mí?

Clau. Porque temo que á usted no le parezca bien.

D. Ger. Pues me parece divinamente, ¡eso es! ¡Y mucho!

Clau. (Alegre.) ¿De veras?

D. Ger. Basta que á ese joven nos le haya presentado Minglanilla para que sea tan digno como él.

Ming. (¡Arrea!)

D. Ger. Si me lo hubiere presentado un perdulario, lo rechazaría inmediatamente... pero tratándose de Minglanilla...

Ming. (¡Cualquiera le dice la verdad!)

Clau. ¡Entonces!

D. Ger. Vé á buscarlo ahora mismo y que venga á hacerme la petición oficial.

Clau. Benditos sean los padres complacientes... Entonces, el rubio del retrato...

D. Ger. Lo guardo para tu hermana.

Clau. ¡Eso! ¡A casarse todo el mundo! ¡Qué lástima no tener una tercera hermana para el amigo Minglanilla! ¡Voy á buscarlos á los dos! ¡A Eduardo y á Aurelia! ¡Dios mío! ¡Cuánto van á alegrarse! ¡Ya lo estoy viendo abrazándome conmovido y á mi hermana comiéndome á besos! ¡Viva! ¡Ya no soy la niña sin juicio! Desde ahora seré una señorita formal... muy formal... ¡como que estoy en vísperas de casarme! Aire reposado. (Haciendo todo lo que dice en cómica seriedad.) ¡Disi-

mulo! ¡Y nada de saltos ni carcajadas! ¡Sonrisa discreta y.. basta! (Saludando ceremoniosamente.) Papá.. caballero... beso sus manos... (Volviendo.) ¡Ah! Voy á decir que traigan una botella de Jerez para que celebren el acontecimiento. ¡Pero será posible que llegue á ser señora de mi casa! Por supuesto, que en cuanto me case lo primero que le pido á mi marido es un traje de cola, aunque no se lleve, para que si alguna vez me olvido de mi estado, con mirarme la cola inmediatamente recobraré la formalidad. ¡Ah! ¡Si todas las señoras casadas se miraran á tiempo la cola! ¡Caballero! ¡Papá! (Mutis por la segunda derecha.)

D. Ger. ¡Es una chiquilla!

Ming. ¡Es mucho más simpática que yo!

D. Ger. Por supuesto, ¿que usted me responde de la honorabilidad de su ahijado?

Ming. Señor mío, nunca he tenido el valor de responder por nadie. Cuando Minglanilla, la prudencia personificada, la seriedad extrema, se decide á dar esa palabra, puede usted calcular que confío en que Eduardo sabrá copiar de su padrino, no sólo la delicadeza del trato, sino este honor puntilloso é inmaculado que preside todos los actos de mi vida...

Gay. (Con mandil, una bandeja con una botella de Jerez y dos copas.) ¿Son ustedes los que han pedido el Jerez?

D. Ger. Sí; descorche.

Ming. (Que aun no ha reparado en Gayango.) Jamás he humillado mi altiva frente en pre... pre... (Viendo á Gayango.) (¡Zapateta, Gayango! ¡El descorchen!)

Gay. (¡El sinvergüenza de Minglanilla!)

D. Ger. ¿Eh? ¿Qué pasa?

Ming. No, nada. (¡Y que pálido está! ¡Debe ser de la ira!)

D. Ger. (A Gayango.) Sírvanos usted.

Ming. A mí en la copa grande. (¡Ahora no hay cuidado!)

Gay. (¡Ya ha cazado á otro incauto este frescales!)

Ming. ¡Brindemos por tan feliz unión!

D. Ger. ¡Por nuestra amistad!
Gay. (¡No, pues éste no se te logra!)
Ming. ¿Qué haces ahí, curioso? ¡Ale! ¡A tu obligación!
Gay. ¿A mi obligación? ¡Eso es! ¡A mi obligación! (Vase segunda izquierda.)
D. Ger. Ese camarero es el que esta tarde...
Ming. El mismo. El pobre me tiene tanto afecto que no sabe cómo separarse de mí.
D. Ger. Es que usted no puede figurarse la simpatía que tiene para todo el mundo.
Ming. Muchas gracias.
D. Ger. En cuanto hablamos esta tarde lo dije: ¡Este es mi hombre!
Ming. ¡Como yo! Así que le ví exclamé: ¡Te has caído!
D. Ger. ¿Eh?
Ming. Refiriéndome á mi corazón que jamás se ha estremecido por ningún concepto.
D. Ger. ¡Otra copa!
Ming. ¡Sí, bebamos!
D. Ger. ¡Por nuestros hijos!
Ming. ¡Por nuestra amistad!
Gay. (Apareciendo.) ¡Caballero!
Ming. ¿Otra vez?
D. Ger. ¿Es á mí?
Gay. Sí, señor. ¿Tiene usted la bondad de salir un momento?
D. Ger. ¿Yo?
Ming. Vamos... Vamos donde sea... (¡Yo no los dejo solos!)
Gay. Dispense usted; es al señor á quien llaman...
D. Ger. Sí; es cuestión de dos palabras.
Ming. (¡Ya me figuro cuales son!)
D. Ger. No tardo nada. Espéreme usted, espéreme usted. (Vase segunda izquierda.)
Ming. (Gayango recoge el servicio y al ir á hacer el mutis por segunda izquierda le detiene Minglanilla.) Este se lo cuenta todo ahora!.. ¿Y cómo evitarlo?... ¡Ah!... ¡Ya sé!... Le insulto, me pega y le echan á la calle sin oirle. (Deteniéndole.) ¡Eh! ¿A dónde vas tú?
Gay. ¡A mi obligación! (Con la bandeja en las manos.)
Ming. ¡Cá! Tú no sales de aquí.
Gay. ¡Señor Minglanilla... no abuse usted del lugar donde estamos!

Ming. Y tú, ¿no has querido abusar de mí esta mañana?... ¡Beduino!

Gay. ¡Cuidado con las palabras!

Ming. ¡Cuidado con la cerveza, digo yo!

Gay. ¡La cerveza! (Furioso va á pegar á Minglanilla, pero reflexiona y se contiene.) Déjeme usted marchar!

Ming. ¡Eso; para que se lo cuentes todo á ese señor!

Gay. ¡Que me deje usted!

Ming. ¡Cá! No lo lograrás. Porque voy á armar un alboroto, vendrá la gente, diré que has querido maltratarme y te echarán á la calle.

Gay. Si después de lo de esta tarde, se atreviera usted á hacer eso...

Ming. Anda... anda... pega si te atreves, ¡indecente! (Poniéndole la cara.)

Gay. (Conteniéndose.) Tenga usted la bondad de no insultar.

Ming. Es verdad. ¡Con sujetos como tú, hasta los insultos le hacen favor! (Se vuelve de espalda y se agacha como para limpiarse la rodillera del pantalón.) (¡Ahora viene el puntapié!)

Gay. (Pasando á la izquierda.) Si no mirara que me juego el verano... ya le contestaría lo que se merece.

Ming. (Acosándole gradualmente.) ¡Anda! ¡Contesta! ¡Contesta! ¡Cobarde! ¡Vividor! ¡indecente!

Gay. (Fuera de sí, reconcentrado.) ¡Ya nos veremos alguna vez fuera del Casino! (Vase izquierda.)

Ming. ¡Y se va sin pegarme!... ¡Y ahora se lo cuenta todo al otro... y adiós viaje, y adiós fisonomía!... Porque me la desfiguran á puñetazos... Voy en busca de Eduardo en seguida; pero en seguida. (Se dirige á la derecha.)

Clau. (Nerviosísima, se encuentra con él.) ¡Ah!... ¡Usted! ¡Venga usted conmigo!

Ming. ¡Déjeme usted, Claudina, déjeme usted!

Clau. ¡No! ¿Dónde está mi padre?

Ming. ¡No lo sé! ¡Vamos en busca de Eduardo!

Clau. (Rápido.) ¡No! A Eduardo, no... Vámonos á casa... á la calle... á Eduardo, no... ¡No le veamos!

Ming. ¡Calle!... pero esa agitación...

Clau. (Fingiendo alegría.) No... no es nada... Es que estoy muy contenta... (Casi llorando.) ¿Pero no ve usted cómo me río?...

Ming. ¿Ha visto usted á su hermana?

Clau. ¡Sí... y á Eduardo... á los dos!... Estaban juntos, muy juntos en un rincón de la sala... yo me acerqué despacito para sorprenderlos... ¡para sorprenderlos! ¿Por qué los habré sorprendido?...

Música—Vals

Ming. ¿Pero llora usted?...

Clau. ¡De alegría! ¡Risa que brota del corazón de una niña!... de una niña simpática y alocada que no tiene pensamiento fijo...

Ming. ¿Cómo?

Clau. Eso le decía Aurelia... á Eduardo... En cambio él decía unas cosas tan sentidas.,.

Ming. Como... ¿pero Eduardo y Aurelia?...

Clau. ¿No lo sabe usted?...

Ming. Yo... ¿Pero qué dirá su papá?

Clau. ¿De qué?

Ming. De ustedes... de la boda.

Clau. ¿Pero se figuraban que era yo la preferida? ¡Qué torpeza! ¡Era ella! ¡Cómo han de fijarse en mí, si todavía... soy una niña!... ¡Vamos, venga usted!

Ming. ¿Pero adónde?

Clau. ¡A bailar! ¡A reir! ¡A divertirnos! ¡Será usted mi pareja y seré formal, muy formal, para que pueda usted decir á todo el mudo que esta niña tiene un corazón tan grande como cualquiera mujer de veinte años! ¡Vamos! ¡Al baile! ¡Al baile! (Le arrastra hacia la derecha segundo termino.)

Ming. (Al ir á hacer mutis se detiene.) ¡Y el otro enterándose de todo!

(Se ocultan y salen por segunda derecha, Eduardo bailando con Aurelia. Al empezar el canto, se abren las vidrieras del foro y salen las parejas (Coro general) valsando hasta la mitad de la escena, quedando en primer término derecha la pareja que forman Aurelia y Eduardo, y en primero izquierda la formada por Minglanilla, que sostiene la figura nerviosa de Claudina, la cual presencia llorando en silencio la salida de su hermana. El telón comenzará á descender muy lento desde que salen Aurelia y Eduardo.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

Un campo de carreras. Ocupando las tres cuartas partes del foro izquierda, una de esas casetas inglesas de fuerte color y muy destacadas sobre un cielo muy claro. La caseta de tonos blancos, con listones de color obscuro; tiene una puertecita hacia la izquierda practicable. Sobre la caseta una tribuna (que figura ser la del Jurado) adornada con gallardetes y oriflamas de colores. Hacia la derecha se ve el comienzo de la pista ó campo de llegada, con su estacada á la altura de una persona y el poste indicador. Bastidores de campo. Procúrese dar á la decoración ese tono brillante y deslumbrador de las postales inglesas. Es de día. Mucha luz.

—

(Al levantarse el telón aparecen las del CORO elegantemente vestidas, llevando gemelos de carreras, sombrillas, etc, Una mesita redonda de tres pies verticales de color blanco á la derecha, rodeada por cuatro señoritas, que visten sombrerito de copa negro de alas planas, peluca rubia y rizada. Camisa de cuello alto y cerrado: lazo negro; levita roja de botón dorado y faldones de campana, bocamanga y cuello negros, colán ó malla blanca; bota vuelta charolada; guante blanco y fusta con lazos rojos y negros; montadas á caballo en sillas blancas de madera, de espaldas al público y de cara al velador en semicírculo. En otra mesita que habrá á la izquierda, igual á la de la derecha (con la sola diferencia que entre sus patas habrá una tabla que al invertirle la colocación de la mesa sirva de asiento), otras cuatro señoritas con frac blanco, cerrado, cuello alto y corbata y chaleco rojos, que asoma por debajo del frac, falda blanca hasta la rodilla, abierta por el costado derecho. Malla blanca, bota de montar charolada y con vueltas, guantes blancos y fustas con lazos blancos y rojos. Gorritas de casco rojas; el frac con bocamangas y cuellos rojos. Rodean el velador en igual forma que las de la derecha. Cuatro jockeys (hombres) con el traje típico (en blanco y rojo sirven el champagne).

Música

(Los movimientos de este número están indicados en la partitura.)

Coro
Bebed, bebed;
amigos, brindad,
bebed, que corra
el champagne.

—

Que hoy se disputa
un gran *Prix*,
como el de otoño
en París.

—

Choquen las copas así,
demos un viva al placer
y lograremos al fin
la alegría ha de vencer.

—

Ming. (Sale por el foro de jockeys, con smoquink rojo y una fusta en la mano.)
Yo ese premio
aquí vengo á disputar
si el rocín
no me llega á desmontar.

Clau. (Sale también de jockeys, pero con falda blanca corta, abierta por los lados y smoquink.)
Escuchad la canción
de la ecuyere.
Tiene el *chic* de Montmartre
este couplet.

(Durante los tres primeros compases hacen lo siguiente:

1.° Desmontan.

2.° Giran y quedan de frente al público conservando la silla junto á su costado izquierdo.

3.° Adelantan las sillas; se colocan en hilera, y colocando el asiento hacia adentro, apoyan la rodilla izquierda en el asiento, la mano izquierda en el respaldo y elevan la derecha que es la que lleva en alto la fusta.)

Clau. ¡La! ¡la! ¡la! ¡la!
Todos (Agitando las fustas y moviendo las cabezas de izquierda á derecha.)
Clau. Va Niniche, linda cocotte,
de carreras á Neully.

(Durante estos dos versos, balancean las sillas de atrás á delante, con movimientos uniformes, apoyadas las

sillas en las patas delanteras y conservando la rodilla izquierda sobre el asiento.)

Y se sube en un *mail-coach*
por lucir las pantorri...

(En estos dos versos fustigan su costado izquierdo pasando la fusta por delante del pecho.)

Todos ¡Llás!

(Coincidiendo con este grito, quedan todos subidos en las sillas agitando las fustas.)

Clau. De repente un militar
la dirige su monocle
y por irlas á tapar
casi cae del *mail-coach*.

Todos (En lo alto, volviéndose hacia la derecha.)
¡Oh!

(Descienden de las sillas durante lo hablado y colocando éstas de perfil al público se sientan todos.)

Clau. (Hablado.) Y gracias que el lacayo la agarró de las piernas.

Ming. (Idem.) Pero como la chica no llevaba pantalones..

Clau. (Idem.) Entretanto el conductor gritaba:
(Encogiendo y extendiendo la pierna derecha como si espolearan á un caballo.)

¡Ohé! ¡Ohé! ¡Ohé!
Y el militar
mira otra vez
y dice así:
¡La! ¡la! ¡la! ¡la!
Pobre Niniche,
las cosas que se enseñan
en Neully.

(Todas giran y quedan sentadas frente al público agitándose como si fueran montadas á caballo.)

—

Clau. Desde lo alto del *mail-coach*
las carreras ve Niniche
y aparcibe al militar
que á correr va en el gran *Prix*.

(Giran otra vez y quedan de perfil al público, saltando como si montaran á la inglesa.)

Pero el jaco donde va
da de pronto un tropezón
y al caer el militar
se revienta el pantalón.

Todos (Levantándose y rodeando á Claudina.)
¡Oh!
Clau. ¡Figúrense ustedes el cuadro!
Ming. Gracias que la chica le prestó su falda para cubrirse.
Clau. Pero al llegar al cuartel...
¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!
(Los cuatro jockeys retiran las sillas; colocan en el centro de la escena un velador que debe tener ruedecitas en sus patas. Ponen sobre él, otro velador invertido, que debe tener un asiento. Llega Claudina, sube y se sienta, suelta los lazos de su fusta que deben ser ocho cintas de seda de colores de dos ó tres metros de largo, y empujada por los jockeys, hace un paseo triunfal por la escena seguida por todos y antecedida por Minglanilla; de esta forman desaparecen por último término derecha. Cuídese que los movimientos sean precisos y uniformes, que de ello depende el resultado del número.)

Cesa la música

Gay. (Sale por la lateral derecha acompañado de don Germán.) De modo que no ha vuelto usted á ver al señor Minglanilla.
D. Ger. No, señor. Cuando me enteró usted anoche de todo, volví al salón y había desaparecido con mi Claudina. Sólo encontré á Aurelia y Eduardo, que tampoco los habían visto.
Gay. Pues ya se habrá usted convencido de quién es ese fresco.
D. Ger. Sí, señor; y me cuesta trabajo... ¡un hombre tan simpático!
Gay. ¡Ay! ¡Si no fuera por eso!...
D. Ger. ¿Y cómo le tolera aquí el Presidente?
Gay. El Presidente es otra de sus víctimas. Ahora me ha mandado á llamar, porque se ha enterado de lo de la cerveza, y está muy disgustado conmigo. Por supuesto, que como me ocurra algo, no se va Minglanilla de vacío!
D. Ger. Por mi parte no hay nada de la boda. ¿Cómo caso yo á mi hija con un hombre que tiene de fiador semejante sinvergüenza?
Gay. Eso no. El señorito Eduardo es una persona decente.
D. Ger. ¡Me cuesta trabajo creerlo!

Gay. Aquí viene con la señorita Aurelia.

D. Ger. Lo celebro. Haga usted el favor de decirles á Claudina y Minglanilla que vengan en seguida. Deben estar en el *pesaje.*

Gay. Iré. Pero no respondo de que venga ese señor. Cuanto me ve, echa á correr; y como ahora tiene caballo, cualquiera le alcanza.

D. Ger. Vaya usted, vaya usted.

Gay. Sí, señor; y de paso veré al señor Presidente. (Vase foro izquierda.)

D. Ger. ¡Parece mentira que un hombre tan parecido á mí, sea un solemne sinvergüenza.

Aur. (Seguida de Eduardo llegan por la caseta.) ¡Papá, papá! ¿Dónde te metes? Hace una hora que estamos buscándote!

Edu. Claudina no ha querido esperarnos y ha salido de casa con mi padrino.

D. Ger. ¿Con su padrino, eh?

Edu. Sí, señor; ¿acaso no los ha visto usted?

D. Ger. Señor mío, tenemos que hablar seriamente de su padrino.

Aur. ¿Sucede algo?

Edu. ¿Se han disgustado ustedes otra vez?

D. Ger. Sí, señor; y ahora para siempre.

Edu. Comprendo; la causa soy yo...

D. Ger. ¡Es posible!...

Edu. ¿Acaso por la petición que anoche le encargué para usted?...

D. Ger. Algo hay de eso.

Aur. ¿No te ha parecido conveniente?

D. Ger. Anoche, sí.

Aur. ¿De verdad?

Edu. Don German, Aurelia y yo le damos las gracias.

D. Ger. ¿Cómo Aurelia?

Edu. Procuraré ser digno de la confianza que hace entregándome su hija, y si...

D. Ger. Pero... vamos á ver... vamos á ver... ¿á qué hija se refiere usted?

Aur. ¿Cómo á qué hija?

Edu. Minglanilla le diría que Aurelia y yo...

D. Ger. La petición no partió de Minglanilla.

Aur. ¿No?

D. Ger. Fué Claudina la que me habló de usted...

Aur. ¡Claudina!...

Edu. Efectivamente; yo le supliqué que intercediese...

D. Ger. Pero, señor. Si Claudina me dijo que se tra taba de ella.

Clau. (Por el foro izquierda seguida de todos los que hicieron mutis con ella.) ¡Vengan ustedes, amigos míos; voy á ofrecerles el coronamiento de este festejo. (Viendo á su padre.) ¡Ah! ¡ustedes!

Aur. ¿Dónde te metes, mujer?

Edu. ¿Y Minglanilla?

Clau No sé. Desapareció cuando llegó ese camarero con tu aviso. (A su padre.)

D. Ger. Ven acá. Anoche me digiste que Eduardo...

Clau. (¡Dios mío!) Sí... Anoche te dije que Eduardo me había suplicado...

Edu. Que intercediera usted, ¿verdad?...

Clau. Sí...

Aur. ¡Qué buena eres!

D. Ger. ¡Eso nc me lo digiste tú!

Clau. Sí, papá; ¡te lo dije! ¿No lo recuerdas? ¡Qué contentas se van poner mi hermana y Eduardo! (¡Pero qué manera de mentir!) ¡Vaya, dejemos esto; hoy estoy muy contenta! ¡Soy muy feliz y quiero que todo el mundo participe de mi alegría! ¡Siento deseos de reir, de reir mucho, de cantar, de bailar. *

Edu. ¿De cantar? Ya sabe usted que no le agrada á su papá.

D. Ger. ¿Cómo que no me agrada? ¡Me entusiasma! Aurelia, acompaña á tu hermana al tango argentino.

Aur. ¿El que aprendimos en Paris?

Clau. ¡Ese! ¡Viva la alegría!

Música

Baile argentino bailado por Aurelia y Claudina (1)

Cesa la música

Varios ¡Bravo! ¡Muy gracioso! ¡Amirable!

Aur. * ¡Estás muy alegre! ¿Qué te pasa?

Clau. ¡Que vas á ser muy feliz!

Aur. ¡Y á ti te deberé mi félicidad! (Suenan dentro dos grandes bofetadas. Todos suben al foro.)

---

(1) Caso, que alguna de las tiples no supiese bailar, puede hacer de pareja Minglanilla. También puede suprimirse este número, saltando del asterisco primero al segundo.

Clau. No, al gran simpático.

D. Ger. ¿Eh? ¿Qué es eso?

(Sale MINGLANILLA por el foro izquierda, con el cuello desabrochado y la mano en el carrillo, el cual trae negro de las bofetadas.)

Edu. ¡Minglanilla!

Aur. ¿Qué sucede?

Ming. ¡Ya he pagado todo!

D. Ger. ¿Cómo?

Ming. (Enseñando el carrillo.) ¡Mire usted la factura!

D. Ger. ¿El camarero?

Ming. ¡Ahí le duele!

Aur. ¡Pobre hombre!

Clau. Debe usted marcharse de aquí cuanto antes.

Ming. Eso quisiera yo. ¿Pero, cómo?

Edu. Ahí va. ¡Veinte duros, y á Madrid!

Ming. Veinte duros. Me voy en el primer tren. Se chincha Gayango, que no me cobra. (Al ver tras él á Gayango que ha salido poco antes y le observa.) ¡Ay!...

Gay ¡Quieren ustedes algo para Madrid!

Ming. ¡Arrea!

D. Ger. ¿Pero se marcha usted?

Gay. El presidente me ha despedido por culpa de este señor...

Ming. (¡Me desuella en el tren!)

Clau. Papá. ¿Te parece que convidemos á Minglanilla?

Aur. Sí, sí; pasará usted una temporada con nosotros.

Ming. ¿Con ustedes?

D. Ger. En Burdeos.

Ming. ¿En Burdeos? ¡A Burdeos! A Bur... á bur, Gayango.

Jockey (Sale seguido de los demás Jokeys por la tercera izquierda.) ¡Claudina, á las carreras!

Clau. ¡Vamos, Minglanilla!

Ming. ¡Ca! Yo no me separo de su papá por si acaso. (Aparte á Claudina.) Pero, ¿y de la boda?

Clau. ¡Ah! ¡Me caso con el rubio del retrato... á no ser que haya por aquí algún moreno que!... (Dirigiéndose al público,)

Música

Todos ¡La! ¡la! ¡la! ¡la! (Telón rápido.)

Obras de Ricardo González

Cara-Chica, boceto de comedia en un acto, en colaboración Miguel Mihura, música del maestro Castilla.

Sal de espuma, zarzuela en un acto, en colaboración con Miguel Mihura, música de los maestros Penella y Castilla.

La mala fama, sainete en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro Castilla.

Gente de trueno, sainete lírico, en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro Castilla.

El decir de la gente, boceto lírico en un acto, en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro Padilla.

Gracia y Justicia, exposición cómico-lírico-bailable, en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro Penella.

Mamá suegra, entremés en prosa, en colaboración con Miguel Mihura.

La costa azul, opereta en un acto y cuatro cuadros, en prosa, en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro Ramón López-Montenegro.

El fantasma, fantasía melodramática en un acto, en colaboración con Miguel Mihura. música de los maestros Quislant y Badía.

La reina de las tintas, humorada lírica en un acto, en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro Penella.

Rosa temprana, juguete lírico en un acto, en prosa y verso. en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro Escobar.

El pueblo del peleón, opereta ménflica en un acto, dididido en cinco cuadros, en verso, pseudo-parodia de *La corte de Faraón*, en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro Padilla.

Pajaritos y flores, boceto de sainete en un acto y en verso, en un solo cuadro, en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro Padilla.

El alegre Manolín, juguete lírico, en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro Padilla.

La niña de los besos, opereta en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro Penella.

La canción española, opereta española en un acto y tres cuadros, en colaboración con Miguel Mihura, música de los maestros Vives y Barrera.

Las pícaras faldas, humorada con música en un acto y tres cuadros, en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro Padilla.

Casco de oro, boceto melodramático en un cuadro y en prosa, en colaboración con Miguel Mihura.

Los pocos años, sainete con música en un acto, dividido en cuatro cuadros, en prosa, en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro Penella,

La viva de genio, zarzuela en dos actos, divididos en siete cuadros, en prosa, en colaboración con Ricardo González, música del maestro Ramón López-Montenegro.

¡Centinela... alerta!, opereta en un acto, en colaboración con Miguel Mihura, música de Saco del Valle y Quislant.

Los campesinos, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa, inspirado en el asunto de una obra extranjera, en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro Leo Fall, adaptada por Celestino Roig.

Las percheleras, sainete lirico en un acto y tres cuadros, en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro D. Tomás Bretón.

El sostén de la casa, sainete con música en un acto y tres cuadros, en colaboración con Miguel Mihura, música de Quinito Valverde y Torregrosa.

El amor lo pintan niño... entremés, en colaboración con Miguel Mihura, música de Celestino Roig.

El gran simpático, zarzuela cómico-extravagante en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música del maestro Amadeo Vives

Precio: UNA peseta